

Anales de Antropología

Volumen 38

2004



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ANTROPOLÓGICAS
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Anales de Antropología

FUNDADOR JUAN COMAS

CONSEJO EDITORIAL

Lyle Campbell, Universidad de Canterbury

Milka Castro, Universidad de Chile

Mercedes Fernández-Martorell, Universidad de Barcelona

Santiago Genovés, Universidad Nacional Autónoma de México

David Grove, Universidad de Illinois, Universidad de Florida

Jane Hill, Universidad de Arizona

Kenneth Hirth, Universidad Estatal de Pennsylvania

Alfredo López Austin, Universidad Nacional Autónoma de México

Joyce Marcus, Universidad de Michigan

Katarzyna Mikulska, Universidad de Varsovia

Kazuyazu Ochiai, Universidad de Hitotsubashi

Claudine Sauvain-Dugerdil, Universidad de Ginebra

Gian Franco De Stefano, Universidad de Roma

Luis Vásquez, CIESAS Occidente

Cosimo Zene, Universidad de Londres

EDITORES ASOCIADOS

Yolanda Lastra, Universidad Nacional Autónoma de México

Rodrigo Liendo, Universidad Nacional Autónoma de México

Rafael Pérez-Taylor, Universidad Nacional Autónoma de México

Carlos Serrano Sánchez, Universidad Nacional Autónoma de México

EDITOR

Lorenzo Ochoa, Universidad Nacional Autónoma de México

Anales de Antropología, Vol. 38, 2004, es editada por el Instituto de Investigaciones Antropológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Ciudad Universitaria, 04510, México, D.F. ISSN: 0185-1225. Certificado de licitud de título (en trámite), Certificado de licitud de contenido (en trámite), reserva al título de Derechos de Autor 04-2002-111910213800-102.

Se terminó de imprimir en octubre de 2005, en *ENACH, S.A. de C.V.*, México, D.F. La edición consta de 500 ejemplares en papel cultural de 90g; responsable de la obra: Lorenzo Ochoa; la composición la hicieron Martha Elba González y Ada Ligia Torres en el IIA; en ella se emplearon tipos Tiasco y Futura de 8, 9, 11 y 12 puntos. La corrección de estilo en español estuvo a cargo de Adriana Incháustegui, la corrección de textos en inglés estuvo a cargo de Nicolás Mutchinick; la edición estuvo al cuidado de Ada Ligia Torres y Hélida De Sales. Diseño de portada: Francisco Villanueva. Realización: Martha González. Fotografía de portada: Bordado de Juchitán, Oaxaca. Adquisición de ejemplares: librería del Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, Circuito Exterior s/n, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, México, D.F., tel. 5622 9654, e-mail: libreria@servidor.unam.mx

EL RITUAL DEL AUTOSACRIFICIO EN MESOAMÉRICA

Alejandra Aguirre Molina

Posgrado en Antropología, FFyL/IIA, UNAM

Resumen: El ritual del autosacrificio fue uno de los comúnmente practicados en las culturas mesoamericanas, ya que se encontraba inmerso en su organización social. En culturas como la mexicana era realizado tanto en festividades sujetas al calendario como en otras de carácter excepcional, motivo por el cual en muchos casos se volvió parte de la vida cotidiana de la población. La presente reseña intenta dar un panorama general sobre la ejecución de este ritual a través de la historia de algunas sociedades como la olmeca en el periodo Preclásico, hasta la ya mencionada mexicana del Posclásico, siendo esta última en la que nos hemos enfocado principalmente.

Palabras clave: cultura, Mesoamérica, ritual, autosacrificio.

Abstract: The bloodletting ritual was one of the most common practices in mesoamerican cultures, because it was immersed in their social organization. Since in several cultures, like the Mexica, bloodletting was practiced both in calendar fest and in others of exceptional nature, in many cases, it was part of the population's common life. This review tries to give a general view about this practice through the history of many societies, like the Olmec of the pre-classical period and the Mexica of the post-classical, which is the focus of this study.

Keywords: culture, Mesoamerican, ritual, bloodletting.

En las sociedades mesoamericanas el sacrificio era un ritual común, ya que se veía como una especie de tributo a través del cual el ser humano trataba de expiar sus ofensas a la divinidad, de expresar su agradecimiento por algún bien recibido o de pedir protección, ya fuera de manera individual (cuando alguien estaba muy enfermo) o colectiva (cuando ocurría alguna catástrofe, como inundaciones o sequías). Es la transformación drástica de la ofrenda por medio de la violencia. El sacrificio constituye un ofrecimiento a los dioses en el cual la esencia invisible de la ofrenda (de objetos vegetales, animales u hombres) transita, al igual que el alma de un hombre muerto, de este mundo

al otro. El sacrificio era una práctica de enorme trascendencia en las sociedades mesoamericanas. La sangre del sacrificado, alimento divino por antonomasia, poseía, de acuerdo con las creencias de aquella época, virtudes vivificadoras. Con ella se unguían las imágenes religiosas para lograr por este medio la aportación a los dioses (López Luján, 1993: 56-57).

Otra finalidad del sacrificio era que, por medio de éste, el hombre alimentaba al Sol y, de esta manera, conservaba la estabilidad del universo. Si el Quinto Sol no es alimentado, se perderá el equilibrio y vendrá el caos. El hombre, al convertirse en sustentador de los dioses, no sólo salva a la humanidad, sino a los dioses mismos (López Austin, 1971: 588).

El sacrificio es un acto religioso que sólo puede realizarse en un medio religioso y a través de agentes esencialmente religiosos. El sacrificante, el sacrificador, el lugar, los instrumentos sacrificiales y la víctima, antes de la ceremonia no tienen el carácter religioso en el grado que les corresponde. Por lo tanto, la primera fase del sacrificio tiene por finalidad otorgarles ese carácter. Son profanos, necesitan cambiar de estado. Todas las purificaciones, lustraciones y consagraciones preparan al profano para el acto sagrado, introduciéndolo paso a paso en el mundo de los dioses.

Martha Iliá Nájera distingue seis tipos de rituales de sacrificio: el sacrificio de *oblación*, la ofrenda cuya función es propiciar a los dioses; el sacrificio de *expiación*, en el que se intenta restablecer la alianza rota con lo sagrado y congraciarse con la deidad a través de la sangre derramada del culpable (ya sea un individuo o una colectividad); el sacrificio *de la divinidad creadora* en el que se reactualiza el mito de los tiempos primigenios, inmolando a un ser vivo que encarna a la deidad en su actuación durante un tiempo y un espacio sagrados; el sacrificio *de construcción*, llevado a cabo en el momento de erigir un edificio, inmolando también a un ser vivo; el sacrificio *de exequias*, cuando un hombre muere y entierran con él a algún ser vivo para que le sirva y haga compañía en la otra vida, ya que se considera que el muerto ha penetrado en el mundo de lo sagrado y adquiere más poder que el vivo, y el *autosacrificio*, del que hablaremos con detenimiento más adelante.

Yólotl González (1994: 211) indica que además de varios tipos de sacrificios, existen diversos tipos de sacrificantes, como los *individuales*, que buscaban que los beneficios del rito recayeran principalmente sobre sus personas, para obtener estatus, prestigio y poder, y los *colectivos*, cuyo beneficio recaía en la comunidad, con el fin de detener una sequía, obtener buenas cosechas, etcétera. Esta autora señala también que una manera de hacer una ofrenda-sacrificio del cuerpo de un individuo sin llegar a la destrucción de la vida, es donar la propia

sangre extraída de alguna parte del cuerpo como la lengua, las orejas, los brazos, las piernas etcétera; es decir, lo que se denomina normalmente como *autosacrificio*, las punciones voluntarias en las que el hombre ofrece su propia sangre.

Este ritual de sangrar el cuerpo tenía por objeto provocarse dolor físico y obtener el líquido vital para ofrendarlo a las deidades; fue un rasgo común entre los mexicas y sus contemporáneos, lo practicaba todo tipo de personas sin importar edad, sexo o condición social. La penitencia corporal era un medio para fortalecer moral y físicamente al individuo, sobre todo cuando se encontraba en la adolescencia y en los primeros años de la juventud (López Austin, 1996: 438-439).

Las partes punzadas del cuerpo eran varias, pero las más socorridas eran los puntos de los cuales se podía obtener sangre en abundancia, es decir, donde la sangre fluía más fácilmente como la cabeza, las orejas, la lengua, las yemas de los dedos, los molledos de los brazos y las pantorrillas. El hecho de que varios escritos mencionen el penetrar o cortar el lóbulo de la oreja, demuestra una particular santidad o significado asociado con este órgano (Zelia Nutall, 1968: 15).

En otras ocasiones, como indica López Austin, las partes punzadas podían ser las que en forma directa se relacionaban con la petición. Por ello, los pintores y los tejedores, que obtenían sus facultades artísticas de Chicomexóchitl y de Xochiquétzal, entregaban a estas diosas la sangre de sus dedos y de sus párpados. La sangre tenía como función fortalecer y hacer vivir y crecer a la gente. La fuerza vital contenida en la sangre podía ser comunicada por contacto ya con el propio organismo del que había brotado, ya con personas extrañas (López Austin, 1996: 179). Por ejemplo, durante la fiesta de *Etzalcualiztli*, los sacerdotes de todos los templos se cortaban las orejas con navajas de obsidiana y se untaban en el rostro la sangre extraída (Sahagún, 1989, I: 124). En otras ocasiones, la untaban a los ídolos.

Durante toda su infancia, el ser humano era protegido con recursos mágicos y religiosos, con los que se pretendía alejar las fuerzas nocivas y captar el favor de los dioses. Dichos recursos implicaban, por supuesto, la punción de varias partes del cuerpo. Por ejemplo, a los niños y niñas dedicados al servicio de Tezcatlipoca les hacían desde temprana edad cortes en el pecho, en el vientre, en los molledos de los brazos y en las muñecas como señal de que quedaban al servicio de este dios y, por ende, bajo su protección (Sahagún, 1989, I:122).

La extracción de sangre no era la única forma de mortificación empleada entre los mesoamericanos. También se recurría a los ayunos, a la abstinencia

sexual, a periodos prolongados de vigilia, a baños en agua fría y a la privación del pulque, métodos igualmente socorridos para obtener el favor de los dioses.

Las fiestas colectivas eran el escenario idóneo para llevar a cabo este tipo de ritos, ya que, a través de éstas, el hombre intentaba aproximarse a las divinidades. El lugar en el que se ejecutaba los rituales debía ser sagrado y no podía haber variación en el tiempo preciso en el que debía efectuarse dicha fiesta, si se quería obtener resultados satisfactorios, es decir, un contacto adecuado con las divinidades (López Luján, 1993: 60).

Como es sabido, los instrumentos de autosacrificio (principalmente las púas de maguey), después de haber sido empleados se ensartaban en bolas de heno llamadas *zacatapayolli*. El empleo de éstos no fue un recurso común en otras sociedades de Mesoamérica, ya que no aparecen con mucha frecuencia representaciones de estos objetos fuera de Tenochtitlan.

Por ejemplo, en las banquetas decoradas con procesiones de personajes armados que se han encontrado en varios sitios arqueológicos como Tula (que son muy parecidas a las mexicas) y en otro tipo de procesiones que se ven en los altares de Chichén Itzá y en las pinturas de Teotihuacan, no se dirigen propiamente a un *zacatapayolli*, sino a otro objeto ceremonial en el que también están ensartados instrumentos alargados. De esto se hablará más adelante.

Otro caso es el de Teotihuacan, en el conjunto de Tlacuilapaxco, donde hay varias imágenes de un atado de varas o cañas que tienen tres espinas de maguey ensartadas. Una variante de esta imagen fue encontrada recientemente por Rubén Cabrera (1996: 18-24) en el piso de un conjunto habitacional de La Ventilla: allí está representada una espina de maguey clavada sobre un petate.

EL AUTOSACRIFICIO EN MESOAMÉRICA: OLMECAS, MAYAS, TEOTIHUACANOS, TOLTECAS, TOTONACAS Y ZAPOTECAS

La práctica ritual del autosacrificio en Mesoamérica ha sido reportada desde el Preclásico, hasta el Posclásico. Se trata de una ejecución común a todas las sociedades del área cultural. Aquí daremos ejemplos de la práctica del autosacrificio en algunas sociedades mesoamericanas con la finalidad de precisar los cambios del mismo y cómo prevaleció hasta la época mexica con el mismo objetivo: ofrendar sangre a las deidades para mantener el equilibrio cósmico.

El autosacrificio entre los olmecas

La ofrenda de sangre para sacralizar actos públicos y privados fue un acto común en todas las sociedades mesoamericanas, una de las primeras en realizarlo fue la olmeca. A pesar de no haber escenas de autosacrificio en la iconografía de esta cultura, se han encontrado perforadores de jade, los cuales se han relacionado con ritos de autosacrificio asociados con la ascensión real. Algunos tienen la forma de un gran pico de colibrí (Benson, 1988: 176-177). Otro motivo asociado con estos instrumentos es un ser sobrenatural en forma de pescado. Los recursos marinos como la espina de raya o los dientes de tiburón se usaron abundantemente en la fabricación de perforadores.

El autosacrificio entre los mayas

Una sociedad en la que el autosacrificio se volvió una práctica religiosa es la maya. Las evidencias de dicha práctica se encuentran en la iconografía de los centros ceremoniales de esta civilización. Instrumentos como las espinas de raya, las lancetas de obsidiana y de pedernal (algunos de éstos tenían como mango la cabeza del dios K, que es una deidad maya asociada con la sangre y por ende con el autosacrificio, además de ser considerado como el patrón del linaje real y los ancestros) eran frecuentemente empleados para tal fin. Por ejemplo, Linda Schele (1986: 175) indica que las espinas de raya se encuentran con mucha frecuencia en la región pélvica del muerto y que quizá estuvieron contenidas originalmente en bolsas que colgaban de la faja o el cinturón del individuo.

También se han encontrado espinas de raya en entierros en el Altar de Sacrificios, Altún Ha, Copán, Dzibilchaltún, Kaminaljuyú, Mayapán, Tancah, Tikal y Toniná, en Halmul, Nebaj, Palenque, Piedras Negras, Pomoná, San Agustín Acasaguastlán y Tazumal. Debido a su fragilidad, las espinas no siempre se encontraron intactas en las excavaciones. En algunas ocasiones se trabajaron y en otras sólo se removieron las púas.

Otros objetos empleados para autosacrificarse fueron los punzones de hueso, así como las garras y los colmillos de algunos animales como el águila y el jaguar. En el caso de los punzones de hueso hay referencias de haber sido empleados por los gobernantes cuando asumían el poder, como ocurría entre los mexicas. Todos estos instrumentos eran insignias de poder. Tanto las garras como los huesos de águila y jaguar simbolizaban las reliquias de los *alter ego* zoomorfos de los ancestros (Nájera, 1987: 91-93).

El autosacrificio era básico para la institución de los gobernantes mayas y era practicado en cualquier tipo de ritual público. Solamente a través de la sangre ofrendada se podía mantener el equilibrio cósmico. A través de él, los mayas buscaban tener una visión de algún dios o ancestro. Para los reyes mayas, cada estado de la vida, cada evento de importancia política o religiosa, la conclusión de cada periodo significativo requería la santificación a través de la sangría. Cuando se dedicaba una construcción, se plantaba una cosecha, también en nacimientos y cuando los individuos se casaban o morían, la sangre daba una expresión de devoción e invocaba la presencia de los dioses (Schele, 1986: 175).

Por todo esto, los objetos autosacrificiales quedaban infundidos de poder, por ejemplo, las representaciones de espinas de raya en piedra verde no eran objetos fabricados para usarse con tal fin, sino más bien fungían como símbolos del poder inherente en la espina.

De la corteza del árbol de higo se fabricaba un papel que se empleaba en el ritual de autosacrificio, después de cortarlo se empapaba con sangre y se quemaba en un brasero ofrecido a los dioses. A medida que el papel se impregnaba de sangre, ésta se consumía, transformándose dentro del humo y llegando a las deidades (Schele, 1986: 176).

Se consideraba que la primera sustancia que dio vida a todo lo existente era la sangre real. Los reyes se creían portadores de la sangre del cosmos y asociaban a la serpiente maya con el autosacrificio. El chorro que emerge de la boca de este animal representa la sangre real del emperador. Un ejemplo de esto se puede ver en el dintel 13 de Yaxchilán, en él están representados el gobernante Pájaro Jaguar IV y su esposa, ambos sostienen en una de sus manos punzones de autosacrificio. Entre ellos hay una serpiente con las fauces abiertas de donde emerge otro personaje, el hijo y descendiente de Pájaro Jaguar. La esposa de éste le ofrece a su vástago los instrumentos con los que ambos practicaron el autosacrificio. El personaje brota como sangre de la boca de la serpiente y nace como miembro real del autosacrificio realizado por sus padres (Stuart, 1984: 18-19).

La sangre también se ofrecía a los dioses en vasijas o se untaba en las imágenes divinas o en pajillas que luego eran quemadas o en papeles que se ofrendaban. Los frutos de la tierra se rociaban con la sangre y se creía que untándolas con ella daba vida a las imágenes recién manufacturadas (González Torres, 1999: 17). Este ritual proporcionaba al hombre una forma de superación espiritual al permitirle entrar en el mundo de lo sagrado.

Había varios tipos de ritos autosacrificatorios entre los mayas. Martha Iliá Nájera ha definido siete tipos, dependiendo de su finalidad:

Los *autosacrificios de purificación* son también conocidos como ritos preparatorios, es decir, ritos que depuraban al sacrificante y lo disponían para pasar del estado profano en el que se encontraba, al estado sagrado que se requería para participar en cualquier ceremonia de índole religiosa. Los *autosacrificios para propiciar la fertilidad* tenían la finalidad de ofrecer sangre a las deidades para obtener su favor y, en este caso, una mayor fertilidad en la naturaleza. Los *autosacrificios de penitencia* se efectuaban para expiar alguna culpa, es decir, en pago por algún pecado o mal que hubiera agravado a las deidades. Los *autosacrificios ligados a las actividades productivas* se hacían para lograr una caza exitosa o una buena pesca. Los *autosacrificios relacionados con la manufactura de las imágenes* se escenificaban durante su proceso de elaboración. Los *autosacrificios propiciatorios de final de periodo* se realizaban cuando terminaba un ciclo temporal. Los *autosacrificios propios de los dirigentes* se llevaban a cabo en las ceremonias de investidura de los mismos. Finalmente, se encuentran los *autosacrificios iniciáticos*, a través de ellos, los dignatarios mayas lograban obtener visiones sobrenaturales con las que trascendían de su existencia profana al mundo de los iniciados. Además del propósito de obtener sangre para alimentar a las divinidades, el dolor agudo que provocaba el autosacrificio ocasionaba visiones extraordinarias que hicieron suponer al hombre maya que había obtenido revelaciones divinas gracias a su iniciación (Nájera, 1987: 62-90).

La representación de este tipo de rituales entre los mayas es muy común, se ha encontrado infinidad de relieves y pinturas con personajes realizando el autosacrificio. Por ejemplo, en el dintel 17 de Yaxchilán, la señora Balam-Ix se encuentra hincada frente a su marido y pasa una cuerda a través de una herida hecha en la lengua para provocar un dolor más intenso y mayor derramamiento de sangre, con la cual empapa unos papeles que están doblados dentro de un plato que está frente a ella. Todo esto probablemente, con el objeto de producir visiones después de quemar los papeles y producir fumarolas (Schele, 1986: 189) (Figura 1).

El autosacrificio hecho por personajes de la realeza fue el tópico más importante registrado a través de las inscripciones jeroglíficas y la iconografía maya.

El autosacrificio entre los teotihuacanos

Entre la población de Teotihuacan el ritual del autosacrificio no era en absoluto desconocido. Algunas pinturas encontradas recientemente en La Ventilla son prueba de ello. Se trata del piso de la Plaza II de este conjunto, denominada también Plaza de los Glifos. Allí se encontraron 42 figuras antropomorfas y de animales así como representaciones simbólicas pintadas en rojo sobre el piso estucado. En uno de estos glifos se aprecia un objeto de forma rectangular con una textura de petatillo y una púa de maguey clavada en él (Cabrera, 1996: 21-23). Esta evidencia es una importante prueba de la antigüedad del empleo



Figura 1. *Personaje femenino (Lady Balam-Ix) pasa una cuerda a través de una herida hecha en su lengua. Dintel 17 de Yaxchilán, Chiapas. (Dibujo de Fernando Carrizosa).*

de objetos recipientarios de los instrumentos de autosacrificio, como ocurría con el *zacatapayolli* entre los mexicas.

Otro claro ejemplo del autosacrificio se puede ver en una de las pinturas murales localizadas en un pórtico del conjunto habitacional conocido como Tlacuilapaxco. En ella hay una escena con un personaje que tiene un tocado en forma de serpiente. Delante y detrás de él hay cinco púas de maguey clavadas en una estera. De las púas que están detrás del personaje sólo se pueden apreciar dos completas y la mitad de otra, debido a que el mural está incompleto. Esta imagen puede aludir a un ritual de fertilidad o de embarazo femenino, ya que según Clara Millon (1988: 199) la mortandad de infantes en esta época era excesiva.

Otros indicios de la ejecución de esta práctica ritual, se encuentran en los murales de los conjuntos departamentales de Zacuala y de Atetelco, donde se representa una planta que se interpreta como una biznaga (*Ferrocactus latispinus*) en cuyas espinas está la sangre del autosacrificio.

El autosacrificio entre los toltecas

Los toltecas, herederos de la cultura religiosa de pueblos como el teotihuacano, plasmaron en su arte escenas que también aluden al ritual de autosacrificio. Sin embargo, cabe aclarar que dichas imágenes no son muy abundantes. En lo que respecta a las banquetas de Tula, los altares de Chichén Itzá y las pinturas de Tlacuilapaxco, es claro que sus respectivas procesiones de oficiantes no se dirigen a un *zacatapayolli*, sino a otro objeto ceremonial en el que también están clavados instrumentos alargados, es decir, en esta ocasión no están representadas las púas de maguey, ni los punzones de hueso que dentro de la iconografía aparecen ensartados en los *zacatapayolli*, sino que al parecer, se trata de dardos. Acosta (1956: 98, 112) encontró cuatro losas con imágenes como la arriba descrita en las ruinas de Tula: una en el vestíbulo del Edificio B, dos en la Sala 1 del Palacio Quemado y una más en la Sala 2. Dicho autor supone que estas losas eran el motivo central de las procesiones, ya que se encontraron muy pocas en comparación con las losas con personajes en procesión. Se trata de recipientes de base plana y paredes divergentes, los cuales están decorados con bandas, rectángulos y plumas. Contienen numerosas bolas de color amarillo (quizá de copal), de las que emergen volutas (tal vez de humo) y en las que están clavados dos o tres objetos parecidos a dardos. Acosta interpretó estas losas como símbolos de *cuauhxicalli* repletos de corazones humanos, pero puede ser más bien la representación de un recipiente en el cual se depositó la sangre del autosacrificio, ya que los dardos también eran utilizados en la práctica de este ritual.

Otro tipo de banquetas encontradas en la zona arqueológica de Tula son las del vestíbulo de Tlahuizcalpantecuhtli. Dicha banqueta consta de 10 losas y 19 frisos. Al igual que en las banquetas mencionadas anteriormente, se trata de una procesión de personajes armados esculpidos en bajorrelieve. En la cornisa de los frisos se encuentran una serie de serpientes emplumadas también esculpidas en bajorrelieve (Moedano, 1947: 113, 136). Aunque falta parte importante de la banqueta, por la similitud que guardan con las encontradas en el Recinto Sagrado de Tenochtitlan es factible pensar que estos personajes iban en procesión hacia un *zacatapayolli* o, posiblemente, hacia algún otro recipiente autosacrificial como el anteriormente descrito.

El autosacrificio entre los zapotecas

Aunque no hay muchos ejemplos de este ritual en la iconografía zapoteca, los datos arqueológicos y las fuentes han aportado mucha información al respecto. Entre los zapotecas, los ancestros reales tenían el poder de interceder a favor de sus descendientes a través de poderes sobrenaturales, pero sólo si se les hacían las ofrendas y peticiones apropiadas, las cuales iban desde comida y bebida hasta ofrendas de sangre.

Este pueblo distinguía entre dos tipos de sangre: la sangre líquida y la seca. La primera se prefería para algunos tipos de ritual y era colectada en papeles, plumas y otros materiales perecederos. Todos los zapotecas practicaban el autosacrificio en pequeñas cantidades y para perforar la piel usaban la espina de raya, el diente de tiburón, las lancetas de obsidiana y las espinas de maguey.

Algunos sacerdotes se dejaban crecer muy largas las uñas para usarlas como instrumentos de autosacrificio. Cuando la ejecución del ritual había concluido (removían la sangre de las partes carnosas del cuerpo especialmente las orejas y la lengua), la persona tenía permitido colocar toda la parafernalia del autosacrificio en el templo. Asimismo, la sangre frecuentemente se depositaba en bolas de zacate, plumas, papeles colocados en una cesta y en otro tipo de objetos perecederos. A pesar de lo difícil que es registrar todo esto en contexto arqueológico (por lo perecedero del material), papeles similares a los usados para colocar la sangre líquida se encontraron en los depósitos rituales de numerosas cuevas, cuyas condiciones carentes de humedad permitieron la conservación (Marcus, 1994: 58-60).

El autosacrificio entre los huastecos

Entre los huastecos también existen evidencias de imágenes autosacrificiales, aunque no son muy abundantes. Tenemos un ejemplo de este tipo de imágenes en las dos estelas huastecas de Huiloizintla, Veracruz. En ambas está representado un personaje de alto rango con tatuajes o escarificaciones en las piernas y los brazos. Este personaje se está traspasando la lengua de lado a lado, con lo que parece ser un bastón con la punta aguzada. En una de las estelas aparece únicamente dicho personaje (en ambas estelas el personaje probablemente sea el mismo, ya que los dos traen un tocado con la efigie de Tlaloc en la cabeza y portan un ehecacózcatl como pectoral) mientras que en la más pequeña, frente a este personaje hay otro de menor estatura con un tocado de serpiente (Berdan *et al.*, 1996: 177). Este tipo de autosacrificio estaba entonces relacionado con la fertilidad (figura 2).



Figura 2. Personaje autosacrificándose al traspasarse la lengua con una vara de madera. Estela huasteca proveniente de Huiloziintla, Veracruz. (Dibujo de Fernando Carrizosa).

El autosacrificio entre los mexicas visto a través de las fuentes históricas

La importancia del autosacrificio en las sociedades mesoamericanas ha sido ampliamente reconocida. Queda un vasto registro escrito de esta práctica, sobre todo entre los pueblos que habitaban la cuenca de México.

Entre los más importantes autores que relataron las costumbres, religión e ideología de dichos pueblos, destacan fray Bernardino de Sahagún, fray Diego Durán, fray Bartolomé de Las Casas, fray Toribio de Benavente (Motolinía) y fray Juan de Torquemada. Debido a su vocación de frailes se intere-

saron por la vida de los indígenas y se preocuparon por estudiarla y describirla, obteniendo información de éstos y sus descendientes.

Gracias a dichas fuentes se tiene una amplia visión de lo que era el sacrificio y el autosacrificio humanos entre los mexicas.

Las ceremonias del Xiuhpohualli

Los autores en cuestión mencionan en múltiples ocasiones el ritual del autosacrificio, cuando refieren las diversas fiestas que este pueblo efectuaba en honor a sus deidades. En 10 de las 18 fiestas que se celebraban a lo largo del año se hace mención de la práctica autosacrificatoria. Obviamente, dichas menciones varían de un autor a otro, Sahagún es el que ofrece la lista más completa. Dichas festividades son las siguientes:

- *Tlacaxipehualiztli*: festividad en honor a Xipe Tótec y Huitzilopochtli. Los sacrificantes eran los sacerdotes, quienes se sangraban las orejas en la casa llamada *Calpulco* para ofrecer su sangre a dichas deidades (Sahagún, 1989, I: 107).
- *Tozoztontli*: festividad en honor a Coatlicue. Los sacrificantes eran todos los jóvenes menores de 12 años hasta los niños lactantes, quienes se sangraban las orejas, la lengua y la pantorrilla con el fin de prepararse para la fiesta venidera, es decir, Huey Tozoztli (Durán, 1967, I: 247).
- *Huey Tozoztli*: festividad en honor a Centéotl y Chicomecóatl. Sahagún (1989, I: 113) y Torquemada (1986, I: 255) indican que mancebos y muchachos se sacrificaban en las casas de los principales mercaderes y ricos, ayunando cuatro días antes de esta fiesta y poniendo espadañas junto a las imágenes de los dioses, blancas y cortadas, ensangrentada la parte de abajo donde tienen la blancura con la sangre de las orejas o de las piernas. Durán (1967, I: 251) señala que eran los campesinos en general, tanto grandes como chicos, quienes se sacrificaban las orejas, las piernas, las espinillas, los brazos y las pantorrillas. Lo hacían en sus casas para que no faltaran los mantenimientos. Torquemada (1986, I: 296) menciona que durante esta festividad toda la gente, ministros, niños, hombres y mujeres se sacrificaban las orejas, los párpados, la nariz, la lengua, los molledos de los brazos y los muslos en los templos de todos los dioses para expiar sus pecados ante ellos.
- *Tóxcatl*: festividad en honor a Tezcatlipoca. De acuerdo con Sahagún (1989, I: 122), durante esta festividad los ministros del templo de Tezcatlipoca se cortaban con navajas el pecho, el vientre, los brazos y las muñecas de los niños y niñas, haciéndoles ciertas señales para indicar que quedaban dedi-

cados al culto de esta deidad. Para Torquemada (1986, I: 257), los sacrificantes eran los mozos y mozas que estaban recogidos en el templo de esta deidad, quienes se punzaban con púas de maguey.

- *Etzalcualiztli*: festividad en honor a los *tlaloque*. Los sacrificantes eran los sacerdotes de todos los templos, quienes se sangraban las orejas con púas de maguey y navajas de obsidiana como parte de la penitencia que tenían que realizar cuatro días antes de la fiesta (Sahagún, 1989, I: 124).
- *Pachtontli* o *Teotleco*: festividad en honor a Huitzilopochtli. Toda la gente se sangraba en el templo el pecho, la lengua, las orejas, los molledos y las pantorrillas, pasando por las heridas cordeles, cañas y pajas en agradecimiento a esta deidad por haberlos visitado. De acuerdo con Durán (1967, I: 157), ésta también era una fiesta en honor a la diosa Xochiquetzal. Toda la gente se sacrificaba con lancetas la lengua y pasaba unas pajas por la herida, arrojándolas ensangrentadas delante de su imagen para expiar las culpas por algún pecado o delito cometido. Esto lo hacían en el templo de dicha diosa.

Según el *Códice Vaticano Latino 3738* (1964: 152), el nombre de esta fiesta proviene de *pachtli*, nombre de una planta parásita que crece sobre los árboles con la que confeccionaban una bola, la cual ponían dentro de un recipiente para ensartar en ella las espinas de maguey que se empleaban en el autosacrificio. La llamaban *zacatapayolli*, esta penitencia sangrienta y el uso de tales bolas dio el nombre a la fiesta del *pachtli* (figura 3).

- *Quecholli*: festividad en honor a Huitzilopochtli de acuerdo con Sahagún (1989, I: 157), y en honor a Mixcóatl y Tlamatzíncatl según Torquemada (1986, I: 281). Tanto en una versión como en la otra, los sacrificantes eran toda la gente, tanto chicos como grandes. Se punzaban con saetas las orejas y untaban la sangre en las sienes y el rostro. Esto lo hacían en honor de los venados que iban a cazar durante los cuatro días que tardaban en hacer dardos y flechas para la caza.
- *Panquetzaliztli*: festividad en honor a Tezcatlipoca y Huitzilopochtli. De acuerdo con Las Casas (1997, I: 187) y Motolinía (1973: 16-17), los sacrificantes eran toda la gente. Según el primero, en los templos de estas deidades se sangraban con puntas de maguey y navajas de obsidiana. El segundo autor no menciona los instrumentos empleados para tal fin. Ambos indican que las partes del cuerpo que se sacrificaban eran las orejas, la lengua, los molledos de los brazos, el pecho y los muslos para ofrendar a dichas deidades la sangre extraída en papeles. Sahagún (1989, I: 160-166) menciona que las mujeres y los hombres dueños de los esclavos que sacrificaban en esta fiesta, se sangraban las orejas cuatro días antes de ésta con cuatro puntas de maguey, echando posteriormente una al agua, otra la hincaban

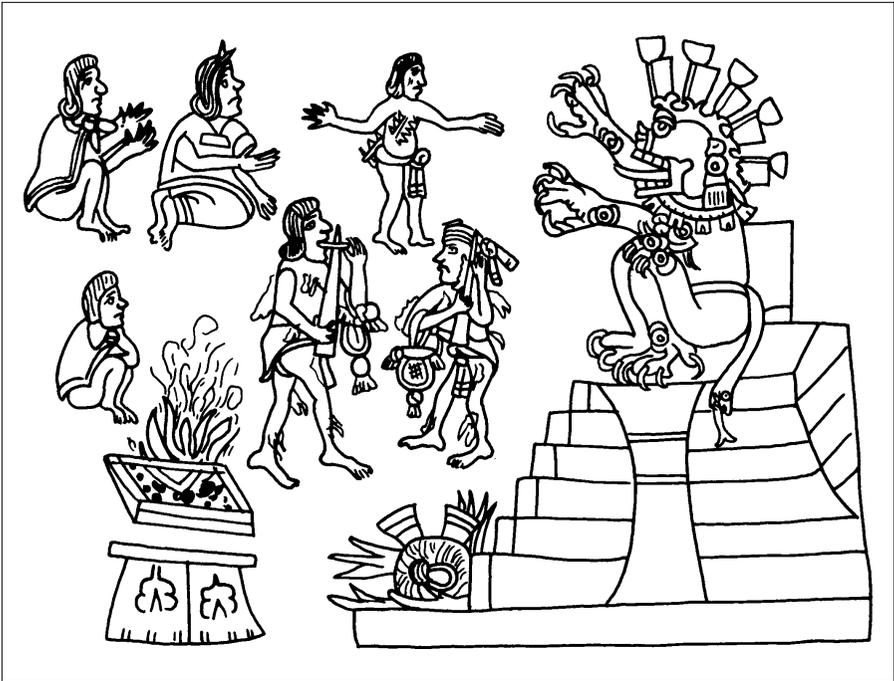


Figura 3. Sacerdotes llevando a cabo un ritual de autosacrificio con punzones de hueso.
(Códice Tudela. Dibujo de Fernando Carrizosa).

a la orilla del agua y las dos restantes, las ofrecían a la imagen que estaba en el oratorio de *Ayauhcalco*. Todo esto se hacía en penitencia por los esclavos que iban a sacrificar. También indica Sahagún que durante la fiesta se entablaba un pleito entre los ministros del templo y los mozos del *Telpochcalli*. Los primeros se sacrificaban las orejas, los molledos de los brazos, el pecho y los muslos, en caso de perder la batalla contra los segundos.

- *Atemoztli*: festividad dedicada a los *tloaque*, de acuerdo con Sahagún (1989, I: 167), y a Huitzilopochtli, de acuerdo con Durán (1967, I: 287). Mientras que el primero señala que los sacrificantes eran todos los sacerdotes, el segundo indica que los ofrendantes eran la población en general. Se sangraban la lengua, las orejas, los genitales, los brazos, las pantorrillas y el pecho, sacando por estas heridas muchas brazas de cordel. Sahagún puntualiza que este ritual era llevado a cabo para la elaboración de las imágenes de los montes y Durán relata que se sangraban para hacer petición de agua para la temporada de lluvias.

- *Izcalli*: festividad en honor a Xiuhtecuhtli. Las personas que sacrificaban eran niños y niñas desde recién nacidos hasta tres años, a quienes les traspasaban las orejas con un punzón de hueso en el templo de esta deidad para que crecieran (Sahagún, 1989, I: 175-176).

Las ceremonias del Tonalpohualli y otros ciclos calendáricos

Además de las festividades calendáricas antes citadas, había otro tipo de ceremonias en las que no podía faltar un ritual tan importante como era el autosacrificio. Dichas festividades son las siguientes:

- *Nauhollin*: festividad dedicada al Sol. Se sacrificaba toda la gente, tanto chicos como grandes, de acuerdo con Sahagún (1989, I: 90). Según Durán (1967, I: 108), eran los hijos de caballeros y señores. Los primeros se sacrificaban orejas y lengua, y pasaban mimbres a través de la herida; los segundos se sangraban el molledo del brazo izquierdo con navajas de obsidiana y pasaban unas varillas a través de la herida. Todo esto lo hacían para ofrecer sangre delante de la imagen del Sol.

Otra referencia que hace Sahagún (1989, II: 478) es que, cuando el Sol se eclipsaba, la gente se atemorizaba y daba gritos y alaridos. Buscaban hombres de cabellos blancos y caras blancas y los sacrificaban al Sol; también sacrificaban cautivos y se punzaban las orejas con puntas de maguey, pasando mimbres a través de la herida.

- *Tlazcaltiliztli*: festividad dedicada al Sol y al fuego. Toda la gente se sacrificaba las orejas para ofrendar la sangre cuando alguno acababa su casa nueva o cuando regía el signo del Sol (Sahagún, 1989, I: 193).

Otra ocasión en la que se practicaba el ritual del autosacrificio era siete días antes de la fiesta de la diosa Chicomecóatl o Xilonen. Cada uno de esos siete días, al medio día, los niños, los mozos, los viejos, los sanos y los enfermos se punzaban las orejas, ofreciendo la sangre extraída a dicha deidad en penitencia por sus culpas y en recompensa por darles los mantenimientos (Durán, 1967, I: 137).

También había autosacrificios en la fiesta ofrecida a Ehécatl-Quetzalcóatl, la cual caía en un día a la semana de los trece que había en el calendario. Toda la gente se sacrificaba las orejas, la lengua, el pecho, los molledos, las espinillas y los muslos para aplacar a dicha deidad por las desgracias que les pudiera ocasionar (Durán, 1967, I: 170).

Otro autosacrificio realizado por los mexicas era en honor a Ce Cóatl, Tlacotzontli y Zacatzontli, dioses del camino y a Yacatecuhtli dios de los mercaderes.

Cortaban papeles en forma de culebras y de mariposas y con éstos cubrían el báculo de caña maciza que empleaban los mercaderes en su camino. Nunca quemaban estos papeles, porque cobijaban al báculo. Después de haber ordenado su ofrenda en medio de la casa, se ponían de pie delante del fuego y descabezaban codornices. Después de haber ofrecido las codornices al fuego, se sangraban las orejas con unas navajas de obsidiana y algunos también se perforaban la lengua. Cuando corría la sangre, la tomaban con la mano y decían *Teunappa*, y cuatro veces la echaba al fuego, y luego salpicaban los papeles que allí estaban. Hecho esto, salían al patio y arrojaban su sangre hacia el cielo, poniéndola sobre la uña del dedo del medio, haciendo fuerza con el dedo pulgar. Todo esto lo repetían cuatro veces, lanzando la sangre hacia los cuatro puntos cardinales. Después la esparcían sobre unos papeles que estaban ordenados en el patio (Sahagún, 1989, II: 545).

En la fiesta que se hacía en honor de la diosa Xochiquétzal, toda la gente iba al templo de ella y delante de su imagen se traspasaban la lengua con una lanceta. Posteriormente pasaban unas pajas de un lado a otro de su lengua a través de la herida, derramando abundante sangre para expiar sus culpas por algún pecado cometido. Pasaban tantas pajas cuantos pecados o delitos que quisiesen expiar, arrojándolas después ante la imagen de la diosa. Posteriormente, los sacerdotes del templo cogían las pajas ensangrentadas, iban al fogón divino y las quemaban ahí. Con este acto entendían quedar libres y perdonados de sus culpas (Durán, 1967, I: 157).

Otra festividad en la que tampoco podía faltar el autosacrificio era la que se realizaba cada 52 años, es decir, la ceremonia del Fuego Nuevo. Toda la gente se perforaba las orejas con navajas y espinas, esparciendo la sangre extraída sobre las imágenes, para ofrendarla al Fuego Nuevo que se encendía después de haber apagado todos los fuegos de las casas y de los templos (Las Casas 1997, I: 277-278).

Según Sahagún (1989, I: 191), la gente realizaba autosacrificios en la víspera de todas las fiestas, empleando dos puntas de maguey para sangrarse las piernas. Posteriormente colocaban dichas púas ensangrentadas en un lecho de ramos tiernos de laurel, ante la imagen a la que le tenían devoción. Sin embargo, el autosacrificio no sólo se hacía en las fiestas calendáricas. Hay diversas menciones de autosacrificios realizados con fines particulares o extraordinarios, como en las ceremonias de investidura del *tlatoani*, o durante una sequía o una inundación.

Las ceremonias no calendarizadas

Los mancebos que servían en el Templo de Huitzilopochtli se sacrificaban con navajas los molledos de los brazos (los hombres) y la punta de las orejas (las mujeres) como parte de sus actividades penitenciales (Durán, 1967, I: 25-26).

Los ministros del Templo de Tezcatlipoca se sacrificaban a diario con púas de maguey las pantorrillas y se ensangrentaban las sienes. Colocaban posteriormente dichos instrumentos entre las almenas del patio, encajadas en los *zacatapayolli* para que todos vieran la penitencia y el martirio que hacían por el pueblo (Durán, 1967, I: 54). Éste es uno de los pocos casos en los que se reporta el destino que tenían los instrumento empleados para el autosacrificio.

Los mancebos y doncellas que servían a Quetzalcóatl se punzaban con púas de maguey diversas partes del cuerpo (no especifica cuáles). Lo hacían a media noche durante todo el tiempo que duraba su recogimiento, en los montes, los bosques y las fuentes (Torquemada, 1986, I: 221).

Otro sacrificio en honor a esta deidad es el mencionado por Torquemada (1986, I: 222). Lo efectuaba el sacerdote rector de los colegios de mancebos y doncellas que servían a Quetzalcóatl. A los niños de 2 años les hacía una herida en el pecho con una navaja (seguramente de obsidiana) para dejar la señal de que este niño o niña quedaba al servicio de la deidad. Este acto se realizaba en la casa donde el sacerdote realizaba sus funciones (muy similar a lo que indica Sahagún que ocurría en la fiesta de *Tóxcatl*, sólo que en honor a Tezcatlipoca y que ya se mencionó anteriormente).

En las ceremonias de investidura del *tlatoani*, el autosacrificio era un acto obligado. Durán (1967, II: 301, 399-400) hace referencia a las ceremonias de investidura de Tízoc y de Motecuhzoma II, quienes con punzones de hueso se sacrificaban las orejas, los molledos y las espinillas en el Templo de Huitzilopochtli. Efectuaban este acto dos veces, una delante de la imagen de Huitzilopochtli y la otra delante del Cuauhxicalli.

El *tlatoani* también acostumbraba autosacrificarse ante la imagen de Huitzilopochtli en agradecimiento por alguna victoria militar lograda ante señoríos enemigos. Durán (1967, II: 389) menciona que Ahuítzotl, con motivo de la guerra que sostuvo contra Tehuantepec, Izhuatlán, Miahuatlan y Amaxtlan, y de la que sostuvo contra los de Xoconochco, se sangró las orejas, los molledos, las espinillas y la lengua con un punzón de hueso delante de la imagen de la deidad.

Alvarado Tezozómoc (1944: 126) refiere que los soldados que iban a entablar guerra contra los de Ahuilizapan, Cuetlaxtlan y Zempoala fueron al Templo

de Huitzilopochtli y ante su estatua se sangraron las orejas, la lengua y los brazos con púas de biznaga y puntas de maguey para pedir la victoria.

Ésta es la única referencia que hace alusión al uso de púas de biznaga como instrumento de autosacrificio, hecho no reportado en ninguna otra fuente, ya sea escrita o pictográfica, ni se conocen datos de excavación.

Otras ocasiones en las que el autosacrificio se hacía indispensable, estaban relacionadas con catástrofes naturales como las inundaciones. Durán (1967, II: 380) reporta que durante el reinado de Ahuízotl ocurrió una inundación, la del acueducto de Acuecuéxcatl que iba a conducir el agua desde Coyoacán hasta la ciudad de Tenochtitlan; sin embargo, la empresa no tuvo éxito y la ciudad se inundó, motivo por el cual los sacerdotes se cortaron con navajas las orejas, los molledos y las espinillas en honor de Chalchihcueye para aplacar la ira de la diosa por dicha inundación. La llamada piedra de Acuecuéxcatl rememora este hecho.

También cuando sucedían fenómenos naturales como los eclipses, el autosacrificio se hacía presente. Las Casas (1997, I: 94) señala que cuando había un eclipse de Sol toda la gente se punzaba las orejas y los brazos, arrojando la sangre hacia éste para que no se ocultara. El rito era dedicado a Tlahuizcalpantecuhtli.

Sahagún (1989, II: 659) afirma que cada veinte días le hacían fiesta y sacrificio al Sol que llamaban Yoalli Ehécatl y la noche que le velaban cantaban con un *teponaztli* y hacían sacrificio sangrándose con espinas o puntas de maguey. Para ello tocaban un caracol grande y se lavaban a la medianoche (figura 4).

Pero no solamente los hombres hacían autosacrificio, también los dioses lo ejecutaban, Torquemada (1986, I: 49) refiere que Quetzalcóatl llevaba a cabo una penitencia a la media noche, sangrándose las piernas con púas de maguey para mantener su salud y bienestar.

Era frecuente que cierto tipo de personas que practicaban un oficio emplearan el autosacrificio para obtener el favor de su numen tutelar, como es el caso de los mercaderes, quienes daban su sangre a Yacacoliuhqui, derramándola en unos báculos que cargaban cuando viajaban, los cuales simbolizaban a dicha deidad. Se autosacrificaban dos o tres veces en la posada donde habrían de pasar la noche para ser mejor guiados por éste (Torquemada, 1986, I: 58).

El autosacrificio también estaba presente en las ceremonias matrimoniales, como parte de la penitencia que tenían que llevar a cabo por dicho acto. Acerca del particular, Torquemada (1986, II: 415) indica que los desposados “después de haber hecho penitencia cuatro días no habiendo tenido relaciones sexuales, ni saliendo de su aposento durante este lapso” en la cuarta noche de



Figura 4. Autosacrificio propiciatorio con púas de maguey y espina de mantarraya dedicado a Mictlantecuhtli, la deidad del inframundo y colocación de estos instrumentos en un zacatapayolli. (Códice Magliabechiano. Dibujo de Fernando Carrizosa).

matrimonio se sacrificaban la lengua y las orejas con púas de maguey, colocando dichas púas ensangrentadas sobre la cama.

En otras ocasiones los hombres ofrecían sangre por vivos, difuntos o enfermos, tomando un palo y aguzándole la punta, se abrían con éste las orejas, la lengua, las pantorrillas, las muñecas, los muslos y los órganos sexuales. Después ponían la sangre extraída en unos cajetes y se la llevaban a los sacerdotes, quienes los tomaban y los llevaban para echarla ante la imagen de Huitzilpochtli (Torquemada, 1986, I: 71).

Había también autosacrificios propios de los *pipiltin* o principales, como lo indica Las Casas (1997, I: 280). En devoción a Huitzilpochtli, ante su

imagen se sacrificaban con navajas la lengua, metiéndose por la herida veinticinco pajas.

Los personajes que con más frecuencia realizaban este acto en la sociedad mexica, eran los sacerdotes, ya que la penitencia era un requisito indispensable dentro de sus funciones cotidianas. Un caso que ejemplifica esto es el del sumo sacerdote, quien repartía su autosacrificio de sangre por espacio de meses, por las horas del día y miembros de su cuerpo, en honor a todos los dioses para pedirles el favor de saber regir. Además hacía penitencia en un monte cercano al poblado para descargar las culpas de todo el pueblo, lo hacía ahí para ver al mayor número de dioses (Torquemada, 1986, I: 212-213) (Figura 5).

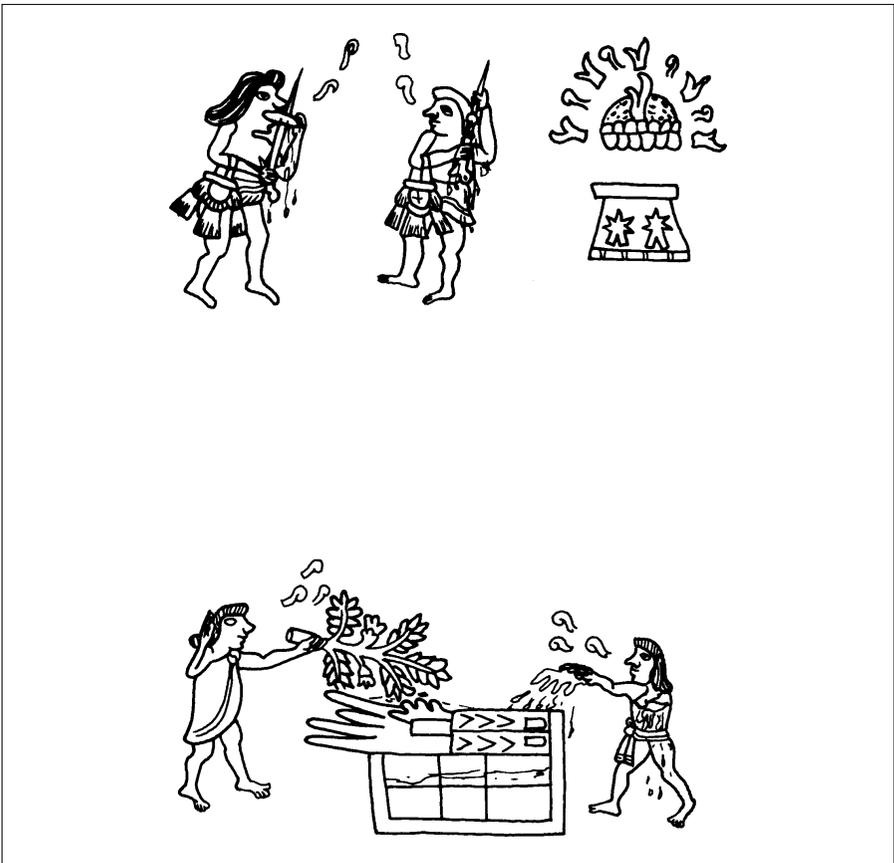


Figura 5. Sacerdotes autosacrificándose con punzones de hueso y depositando la sangre extraída en el acto sobre una ofrenda. (Códice Tudela. Dibujo de Fernando Carrizosa).

Todas estas versiones varían de un autor a otro debido al tipo de informantes, por ejemplo, mientras Sahagún empleó la información que obtenía a través de la gente común del pueblo, Durán recabó información de los descendientes de señores y principales.

Para los pueblos mesoamericanos, el autosacrificio por medio de la extracción de sangre y otras penitencias sustituían la muerte sacrificial. Si se tiene como sustituto una víctima-representante sacrificada; si simultáneamente el penitente se inflige muertes parciales por medio del ayuno, la penitencia o la abstinencia sexual, realmente se ofrece la vida. Se supone, piensa Graulich (1997: 188), que voluntariamente se destruye la vida, del mismo modo que, en su momento, lo hicieron ciertas deidades con el objeto de obtener la vida eterna.

En muchos casos el móvil primordial de este tipo de ritual es propiciar el sustento de los seres humanos. Por ello muchos de los rituales guardaban relación directa con el ciclo de la agricultura. En estas festividades agrícolas la sangre era el precioso líquido fertilizador de la tierra, el que la alimentaría, por ello los autosacrificios y sacrificios eran fundamentales dentro de los ritos festivos.

El instrumento más empleado y referido en las fuentes para realizar autosacrificio era la púa de maguey, la cual podía ser usada por cualquier persona sin importar rango ni clase social. Las empleaban sacerdotes, ministros con cargos importantes, gente común e incluso deidades como Quetzalcóatl. El único de quien no se tiene referencia de que usara este instrumento es el tlatoani, quien normalmente se autosacrificaba con punzones de hueso.

Las navajillas de obsidiana eran un instrumento empleado igualmente con mucha frecuencia. Las empleaban los sacerdotes, los señores importantes de otras provincias, los jóvenes que servían en los templos, los hijos de los señores principales y la gente común durante la festividad llamada *Panquetzaliztli*.

Finalmente, los punzones de hueso, por su significado, eran instrumentos menos utilizados para la mortificación. Solamente hay cuatro menciones de su uso en las fuentes y en tres de éstas, el único que empleaba dichos objetos era el *tlatoani*.

Otro tipo de instrumento empleado con menos frecuencia para la ejecución de este ritual eran las lancetas, de cuyo uso por toda la población sólo hay una mención en las fuentes, durante la festividad de *Pachtontli* en honor a Xochiquétzal. De igual forma, hay una mención del uso de saetas en la fiesta del mes de *Quecholli*. También se cuenta con sólo una referencia del uso de las púas de biznaga empleadas por los soldados mexicas al emprender una batalla contra la provincia de Zempoala.

El ritual de autosacrificio y las partes mortificadas por medio de éste, no variaban de acuerdo con los instrumentos empleados, con excepción de las navajillas de obsidiana las cuales normalmente se empleaban para sajar la lengua o los lóbulos de las orejas.

Las partes del cuerpo que aparecen en los textos y códices como más utilizadas para el autosacrificio son: las orejas, la lengua, los molledos de los brazos y las pantorrillas. Entre los lugares predilectos para extraer sangre estaba el falo, ya que es un órgano que significa el principio de vida y de esta manera el ofrendar su sangre a las deidades simbolizaba, en cierta forma, que la vida de los dioses depende del mismo principio vital que la de los seres creados.

A lo largo de esta breve travesía, se intentó evidenciar la importancia que tenía el ritual del autosacrificio y su continuidad a través de la historia de varias culturas mesoamericanas culminando con la mexica, siendo ésta en la que se enfocó principalmente la presente reseña, por ser la que aportaba más datos al respecto.

REFERENCIAS

ACOSTA, JORGE

- 1956 Resumen de las exploraciones arqueológicas en Tula, Hidalgo, durante las VI, VII y VIII temporadas, 1946-1950. *Anales del INAH*, tomo VIII, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Secretaría de Educación Pública, México (37): 37-116.

ALVARADO TEZOZÓMOC, HERNANDO

- 1944 *Crónica Mexicana. Escrita hacia el año 1598*. Notas de Manuel Orozco y Berra, Editorial Leyenda, México.

BENAVENTE, FRAY TORIBIO DE, "MOTOLINÍA"

- 1973 *Historia de los Indios de la Nueva España. Relación de los ritos antiguos, idolatrías y sacrificios de los indios de la Nueva España y de la maravillosa conversión que Dios en ellos ha obrado*. Editorial Porrúa, México.

BENSON, ELIZABETH

- 1988 A Knife in the Water: The Stingray in Mesoamerican Ritual Life. *Journal of Latin American Lore*, vol. 14, núm. 2, Editorial Board, Los Ángeles, California.

BERDAN, FRANCES, RICHARD BLANTON, ELIZABETH BOONE, MARY G. HODGE, MICHAEL E. SMITH Y EMILY UMBERGER

1996 *Aztec Imperial Strategies*. Dumbarton Oaks Research Library and Collection, Washington D.C.

CABRERA CASTRO, RUBÉN

1996 Las excavaciones en la Ventilla. Un barrio teotihuacano. *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, tomo XLII, Sociedad Mexicana de Antropología, México: 5-31.

Códice Vaticano Latino 3738

1964 *Antigüedades de México, vol. 3*. Lord Kingsborough (ed.) Estudio e interpretación de José Corona Núñez, Secretaría de Hacienda y Crédito Público, México.

DURÁN, FRAY DIEGO

1967 *Historia de las Indias de Nueva España e islas de tierra firme*. 2 tomos, Ángel Ma. Garibay (paleografía, introducción y notas), Editorial Porrúa, México.

1980 *Ritos y fiestas de los antiguos mexicanos*. Editorial Innovación, México.

GONZÁLEZ TORRES, YÓLOTL

1994 *El sacrificio humano entre los mexicas*. Fondo de Cultura Económica, México.

1999 *Diccionario de mitología y religión de Mesoamérica*. Editorial Larousse, México.

GRAULICH, MICHEL

1997 Reflexiones sobre dos obras maestras del arte azteca: La Piedra del Calendario y el teocalli de la Guerra Sagrada. Xavier Noguez y Alfredo López Austin (coords.) *De hombres y dioses*, El Colegio de Michoacán, El Colegio Mexiquense, México: 155-207.

LAS CASAS, FRAY BARTOLOMÉ DE

1997 *Apologética istoria sumaria*. 2 tomos, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, México.

LÓPEZ-AUSTIN, ALFREDO

1971 Sentido mágico o religioso de los sacrificios en el México antiguo. Miguel León-Portilla (comp.) *De Teotihuacan a los aztecas. Antología de fuentes e interpretaciones históricas*, Lecturas universitarias 11, Instituto de

Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

- 1996 *Cuerpo humano e ideología. Las concepciones de los antiguos nahuas*. 2 tomos, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

LÓPEZ LUJÁN, LEONARDO

- 1993 *Las ofrendas del Templo Mayor de Tenochtitlan*. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

MARCUS, JOYCE Y FLANNERY KENT

- 1994 Ancient Zapotec Ritual and Religion: an Application of the Direct Historical Approach. Colin Renfrew y Ezra Zubrow (eds.) *The Ancient Mind*, Cambridge University Press.

MILLON, CLARA

- 1988 Maguey Bloodletting Ritual. Kathleen Berrin (ed.) *Feathered Serpents and Flowering Trees. Reconstructing the Murals of Teotihuacan*, The Fine Arts Museums of San Francisco.

MOEDANO KÖER, HUGO

- 1947 El friso de los caciques. *Anales del INAH*, tomo II (1941-1946), México: 113-136.

NÁJERA CORONADO, MARTHA ILIA

- 1987 *El don de la sangre en el equilibrio cósmico. El sacrificio y el autosacrificio entre los antiguos mayas*. Instituto de Investigaciones Históricas, Centro de Estudios Mayas, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

NUTTALL, ZELIA

- 1968 *A Penitential Rite of the Ancient Mexicans*. Papers of the Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology, vol. 1, núm. 7, Harvard University, Cambridge, Mass.

SAHAGÚN, FRAY BERNARDINO DE

- 1989 *Historia general de las cosas de Nueva España*. 2 tomos, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Alianza Editorial Mexicana, México.

SCHELE, LINDA

- 1986 *The Blood of Kings. Dynasty and Ritual in Maya Art*. George Braziller, INC., Kimbell Art Museum, Nueva York.

STUART, DAVID

1984 Royal Auto-Sacrifice Among the Maya. A Study of Image and Meaning.
Res 17/18, Spring/Autum, *Anthropology and Aesthetics*: 6-20.

TORQUEMADA, FRAY JUAN DE

1986 *Monarquía Indiana*. 3 vol., Editorial Porrúa, México.

